

ARTICULO SÉPTIMO

Ilusiones sobre la perfección.

La religiosa sabe indudablemente que está llamada á la perfección, esto es, á conformar más y más su vida con *la de Jesucristo*, y que tiene el deber de aspirar á la perfección.

Esta obligación es formal para todos los cristianos; la religiosa no puede ni se atreve á negarlo.

Sabe también que *si ha entrado en religión y ha hecho los votos religiosos*, es para tener medios más prácticos y socorros más abundantes á fin de llegar á esa semejanza con *Jesucristo*; para que *la regla* á que voluntariamente se ha sometido moderase primero y fijase después su inconstancia natural; para que *los votos*, que ha hecho, la ligaran más íntimamente con Dios, y la pusieran en una especie de imposibilidad de apartarse de El.

Ha comprendido que, guiada así por la regla, contenida por los votos, sostenida por el ejemplo de las demás, *podría vivir con más pureza; caería más raras veces; se levantaría más pronto; andaría más prevenida; conseguiría más gracias; gozaría de más paz; moriría con más confianza; ganaría para el cielo más gloriosa corona*. Por este motivo, á que han venido á juntarse otros más elevados, conforme al llamamiento de la gracia, como *el deseo de sacrificarse por la gloria de Dios*

y la salvación del prójimo, ha querido *ligarse* con Dios con lazos más estrechos que los del bautismo, y *se ha hecho religiosa*.

Y siendo *religiosa*, está firmemente resuelta á cumplir todas las obligaciones que hacen á la religiosa *perfecta*, es decir, *una religiosa á quien nada falta*. Al principio de la vocación se comprenden estas obligaciones quizá de una manera exagerada, que necesita de una sabia y prudente dirección; pero si la religiosa no se somete humildemente á la dirección de los que ocupan para ella el lugar de Dios, poco á poco el demonio se irá aprovechando de la flaqueza natural de su espíritu, y hasta de la fatiga de sus sentidos, para hacerle ver *la perfección*, no de una manera opuesta á la verdad, porque entonces no le daría oídos, pero sí de una manera que *no está del todo conforme con la verdad*. El demonio sabe muy bien que, *exagerando ó disminuyendo* la verdad sobre la perfección, acabará por *hacerla olvidar completamente*; de ahí *las ilusiones* que debemos combatir. Expondremos en este artículo:

- 1.º *Las diferentes ilusiones sobre la perfección.*
- 2.º *La naturaleza de la perfección.*
- 3.º *La necesidad de la perfección.*
- 4.º *Los medios de aspirar y llegar á la perfección.*
- 5.º *Las señales por donde se puede conocer que se adelanta en la perfección.*
- 6.º *La práctica de la perfección.*
- 7.º *Los grados de la perfección.*

8.º *Los principales ardidés del demonio para apartarnos de la perfección.*

Nos parece conveniente empezar exponiendo *las ilusiones sobre la perfección*, porque eso ayudará mucho á conocer mejor *la naturaleza de la perfección*.

I

Diferentes ilusiones sobre la perfección.

1.º—ILUSIONES SOBRE LA NATURALEZA DE LA PERFECCIÓN

Para algunas almas ardientes, jóvenes é inexpertas, *la perfección* es la *paz y reposo del alma*, perdonada y amada de Dios, por quien todo lo ha renunciado generosamente.

Es *la calma de las pasiones*, que en el recinto del claustro ya no atormentan al alma con sus humillantes sugestiones.

Es *el gozo del corazón* al pie del tabernáculo y durante el tierno desahogo de una oración siempre fervorosa.

Es *la felicidad de la vida de familia* que se halla en la vida de comunidad.

Así lo soñó la joven antes de entrar en la religión; y como en los primeros años de esa vida religiosa, que le parecía, según la expresión de los santos, *el Paraíso en la tierra*, disfrutó de la paz y reposo del alma, de la alegría del corazón y de la dicha de ser amada; como no experimentó las rebeldías de los sentidos, y re-

chazaba con suma facilidad las tentaciones del demonio, llegó á decirse con cierto sentimiento de presunción: *¡Soy feliz; aquí todo es fácil, y á poca costa me voy al cielo empujada suavemente por la mano paternal de mi Dios!* Y como ella estaba contenta, se imaginó que Dios también lo estaba.

¡Ilusión! ¡ilusión! No, hermana mía, la perfección á que aspiras no consiste en ese bienestar del corazón y del alma que ahora sientes, pues esa paz, esa calma, ese gozo, no son *obra tuya*; disfrutas y gozas de todo eso, pero no te lo debes á ti misma, y la perfección ha de ser *obra tuya personal ayudada de la gracia*.

Ese bienestar del corazón y del alma es pasajero, como todo lo que hay en la tierra; únicamente en el cielo hallaremos la paz sin turbación, el amor sin hastío, la luz sin sombra, el gozo sin mezcla, y quizá no tardes en saberlo bien á tu costa.

Poco á poco te irás cansando de la oración; los ejercicios diarios se te harán pesados por su monotonía; las personas con quienes vives te parecerán menos amables; al entusiasmo sucederá el disgusto; Dios se retirará; el demonio te asediará con mayor atrevimiento.... y si no tienes una virtud sólida te disgustarás, te quejarás; tendrán que reprenderte, te desanimarás, te abandonarás y cometerás faltas graves.

No era, pues, *la perfección* ese estado de quietud y bienestar: más adelante diremos cuál es *la verdadera naturaleza de la perfección*.

2.º—ILUSIONES SOBRE LAS SEÑALES DE LA
PERFECCIÓN

Son muchas las ilusiones que nos hacen ver la perfección *donde no está*. ¿Habrá religiosa que no crea que *obra muy bien* dedicándose á los ejercicios de piedad á que se siente más inclinada, y, *muy contenta con hacer lo que le gusta*, no se persuada y diga que sólo así puede agradar á Dios?

1.º Unas ponen la perfección *en hacer largas oraciones, en la asistencia puntual á los ejercicios, en la frecuencia de los Sacramentos*. ¿No deben á Dios el tiempo, los miembros, las facultades? ¿Y cómo se lo podrían consagrar de una manera más directa que mediante la oración?

2.º Otras miden la perfección por *las abstinencias, ayunos y maceraciones corporales*. ¿No han venido á la religión para mortificarse y sacrificarse, para satisfacer por los pecados propios y los ajenos? ¿Y qué mejor manera de sacrificarse y de satisfacer con más seguridad que domando la carne y privándose de toda satisfacción que no sea absolutamente necesaria?

3.º Otras hacen consistir la perfección *en las obras de misericordia espirituales y corporales*. ¿No deben semejarse á Jesucristo, que vino á la tierra para enseñarnos á conocer á su Padre y para salvar á los pecadores? ¿Y cómo conseguir esta semejanza de una manera más práctica que instruyendo á los niños, con-

solando á los afligidos y sacrificándose á la cabecera de los enfermos?

4.º Otras, por fin, ponen su perfección *en las acciones brillantes que prueban el ardor de la fe y del amor*.

Envidian á los mártires el haber vivido en aquellos tiempos de persecución, cuando se podía hacer gloriosa profesión de fe en medio de los más atroces suplicios; sienten no haber sido llamadas por su estado, como los apóstoles, á enarbolar el estandarte de la cruz en los países idólatras; quisieran, por lo menos en el fondo del corazón, verse humilladas, calumniadas, como aquella santa cuya vida han leído con entusiasmo, y se alegrarían (así se lo hace creer su imaginación) de verse postradas por muchos años en el lecho del dolor.

¡Ilusión! ¡ilusión! son también todos esos deseos. Esos actos tan grandes y generosos son *medios para la perfección*, pero no son la perfección.

Podemos orar, comulgar, mortificarnos, sacrificarnos sin agradar á Dios, pues, como dice san Francisco de Sales, Dios no tiene en cuenta el número de cosas que hacemos por su amor, sino únicamente el fervor de la caridad con que las hacemos. La última hermana apenas conocida aún en la comunidad, que consagra su existencia á enseñar á la niñez los primeros elementos de la doctrina cristiana; la que pasa su vida en una cocina ó á la cabecera de un pobre enfermo, sin que nadie la vea, pueden, si quieren, dar á Dios *una gloria* que les será de tanto mérito como la del martirio.

Pueden *santificarse*, y aun con más facilidad porque hay menos peligros, que otras hermanas puestas en más altos empleos, que brillan en la comunidad y fuera de ella por su inteligencia, su saber, su amable trato, y que en cierta manera son el sostén de la casa, y de quienes depende el porvenir de la comunidad.

Reflexionad esto un momento delante de Dios: tal hermana está en ese puesto brillante porque Dios la ha puesto allí; tú tienes ese oficio humilde, bajo, despreciable, porque Dios te ha puesto en él; por consiguiente, una y otra estáis cumpliendo la voluntad de Dios: aquella hermana brilla porque Dios le ha prestado algo de su inteligencia; tú vives desconocida porque Dios no ha tenido por conveniente prestarte lo que le ha prestado á ella; no hay más diferencia sino que tú tienes menos responsabilidad. No son los diamantes prestados los que aumentan el valor personal.

Haz bien lo que debes hacer; emplea por Dios en el desempeño de tu cargo todas las facultades que Dios te ha dado; y cuando llegue la hora de la recompensa oirás, como las otras que hayan orado más porque debían hacerlo, que hayan trabajado con más lucimiento por tener un cargo de más viso, estas consoladoras palabras: *Ea, sierva buena y fiel, entra en el descanso que has merecido.*

3.º — ILUSIONES SOBRE LA NECESIDAD DE LA PERFECCIÓN

Una religiosa no discutirá jamás abiertamente y en presencia de sus hermanas sobre

la necesidad de la perfección; lo hará á solas y consigo misma cuando la haya reprendido maternalmente una superiora que la ve cada día menos observante, recogida y laboriosa; lo hará también después de las advertencias, algo más austeras pero siempre paternales, de un confesor alarmado, que, al ver cómo va aquella alma perdiendo el espíritu, teme una falta grave.

Nada es tan peligroso para el alma como esos momentos de discusión consigo misma, cuando se siente ofendida, disgustada y humillada. Entonces es cuando el demonio deja oír algunas de esas palabras insidiosas que turban de pronto; pero si se les da oídos, acaban por mostrarse con todas las apariencias de verdad.

I. *El estado religioso no es un estado de perfección, puesto que una se hace religiosa para hacerse perfecta; ¿por qué, pues, me exigen que lo sea?*

No, no estás obligada á ser perfecta actualmente, pues el Señor es demasiado bueno para exigir tanto de tu flaqueza, y se contenta con tus deseos y esfuerzos; pero te impone el deber de trabajar para conseguir la perfección, y esto es lo que te piden también la superiora y el confesor, y aun en el último día, dice santo Tomás, Dios no te preguntará si has sido perfecta, sino si has empleado todos los medios para serlo.

¿Y es emplear todos los medios para ser perfecta contentarte con observar los mandamientos de la ley de Dios y las obligaciones más estrictas que imponen los votos, sin hacer

nada de tu parte para *vivir con el espíritu de fe, hacer bien la oración, ser puntual, recogida y mortificada?*

¿Pones en práctica todos los medios para ser perfecta cuando no quieres mortificarte, y murmuras si te reprenden, y no procuras enmendarte de las faltas que te corrigen?

Esta disposición en que te hallas es muy peligrosa, y escucha lo que supone:

1.º Que no eres de Dios sino á medias, y que andas dividida entre Dios y tus comodidades, entre el cielo y la tierra.

2.º Que con tu conducta y obras quitas en cierta manera parte de la ofrenda que de ti misma hiciste tan generosa y completamente en el día de la profesión, y que casi te arrepientes de haberle dado tanto á Dios.

3.º Que estás abusando de las gracias que van unidas á tu vocación, y que apenas haces caso de las invitaciones, de las caricias, de las promesas y de las recompensas de Jesucristo.

Verdad es que para aspirar á la perfección no estás obligada á practicar todas las obras que podrían servir para adquirirla; basta procurarla con *la práctica de las virtudes cristianas y de los votos religiosos, y con la observancia de las constituciones de tu instituto*; pero si no procuras utilizar los medios que todos te recomiendan para ayudarte á practicar la virtud y guardar los votos, es de temer que caigas en culpas graves. *El que no es fiel en las cosas pequeñas, no lo será en las grandes.* (Luc., xvi, 10.)

No hay duda que para tender á la perfec-

ción basta evitar las culpas graves; mas para evitar las culpas graves es de mucha importancia evitar las culpas veniales en cuanto sea posible.

No hay duda tampoco que, según santo Tomás, las infracciones de la regla, aunque se repitan con frecuencia, no constituyen *por sí mismas el desprecio de la regla*; pero es muy difícil que no nazca insensiblemente este desprecio, así como *en la práctica* es también muy difícil averiguar si existe ó no. Más adelante hablaremos de *la necesidad de aspirar á la perfección*.

II. *Pero, si no voy adelante, tampoco vuelvo atrás.*

¡Grave ilusión es ésta! Claro está que no puede decirse absoluta ni formalmente que, *en teoría, el no adelantar es retroceder*; es menester alguna vida y vigor para estarse quedo en medio de una corriente, y esa poca vida puede bastar al alma para sostenerse; pero *prácticamente*, según las enseñanzas de los santos, fundadas en la experiencia, *el no ir adelante es volver atrás*.

1.º Porque en este mundo no hay cosa estable y que permanezca en su ser: eso es solamente de Dios, en quien no hay ni puede haber mudanza ni sombra de variación.

2.º Porque, inclinados como somos al mal, necesitamos de continuos auxilios y mucha atención para no pecar. Nuestro corazón es una tierra maldita que por sí misma produce malas hierbas; las pasiones, si no se las reprime á cada instante, se apoderan pronto de él.

3.º Porque, como dice san Gregorio, nos sucede á los que vamos por el camino de la vida espiritual lo que á un hombre que está nadando en un río impetuoso, el cual, si deja de bracear y remar, retrocede y es arrebatado por la corriente. El camino de la perfección, que tenemos que andar, es tan agua arriba y tan contrario al torrehnte de nuestra naturaleza estragada y corrompida por el pecado, que el que no trabaja y se esfuerza por ir adelante, será arrastrado por la impetuosidad de sus pasiones.

III. *Pero la perfección es una cosa toda interior; ni mi superiora ni mi confesor ven lo que pasa en mí.*

Que la perfección sea interior nadie lo niega; pero sus efectos se manifiestan exteriormente de una manera más ó menos visible, y por tales efectos pueden los superiores juzgar legítimamente de tu aprovechamiento ó relajación. Dejando á Dios el juzgar de tu conciencia, te dicen que *tu conducta* no es la de una religiosa.

¿Quieres conocer algunos de los efectos que indican los progresos de una alma en la perfección?

Si los adviertes en ti, bendice al Señor; de lo contrario, humíllate y trata de ser más dócil á la corrección.

1.º *Una novicia* debe haberse hecho más piadosa, más compuesta y sosegada en el andar, más modesta en todo su porte, más amable en su trato que una *persona seglar*.

Una profesa ha de ser más interior y más recogida que una *novicia*.

Una profesa de algunos años debe ser más regular, más paciente; debe estar más unida con Dios que lo estaba el primer año de su profesión.

2.º Aquel *carácter* naturalmente altanero y orgulloso debe haberse ido modificando cada día con la influencia de la gracia, y ser más moderado, más humilde, más complaciente.

Aquella *voluntad* que se rebelaba al oír la palabra *dependencia*, debe haberse vuelto insensiblemente más sumisa y respetuosa.

Aquel *corazón* tan lleno de inclinaciones naturales debe ser ya sobrenatural, y al mismo tiempo más bondadoso para todos.

Las *pasiones* en general deben estar ya más mortificadas; la obediencia debe ser más pronta; la caridad más tierna, afable y expansiva; el recogimiento más fácil; la piedad más viva y más activa.

Los esfuerzos que se hacen por aspirar á la perfección producen necesariamente estos efectos, en mayor ó menor grado, pero los producen siempre. Más adelante indicaremos otras señales por donde podrás conocer si adelantas en la perfección.

IV. *Pero los santos también tenían defectos. Hasta se citan de san Francisco de Sales estas palabras: «Hay más de un santo con quien yo no habria querido vivir.» Podemos, pues, ser perfectos y tener faltas.*

Sí; ciertamente puede uno ser *santo* con defectos, y se puede caminar á la perfección sin ser *perfecto*, pues la perfección aquí en la tierra no es en absoluto, como luego diremos; una

perfección consumada y exenta de defectos involuntarios, sino más bien una *perfección de voluntad*, la cual basta para obrar actualmente de una manera tan perfecta como Dios exige de una alma. Frecuentemente permite Dios que las almas que con más ardor aspiran á la perfección tengan algunos defectos:

1.º Para que, empeñadas y entretenidas en continuo batallar, vivan siempre alerta y no caigan en la tibieza y relajación.

2.º Para mantenerlas en la humildad é impedir que se engrían con las mercedes extraordinarias que les hace.

3.º Para que sean más caritativas, más compasivas y más misericordiosas con los que viven á su lado, y que también tienen defectos.

Pero si puede uno ser santo teniendo defectos, es con la condición de que los reprima con mucho empeño, trabajando casi incesantemente en corregirlos.

Puede uno ser santo, no sólo con *defectos*, sino también con *imperfecciones voluntarias*, en las cuales cae algunas veces, ó por fragilidad, ó por una ignorancia que no siempre es excusable; pero también en este caso es menester que se ejercite en combatirlos.

Puede suceder también, como ya hemos dicho en otra parte, que una alma santa y perfecta, en cuanto lo puede ser en este mundo, caiga en algún pecado venial, sin que por esto pueda decirse que no lo es. Tal era el parecer de Benedicto XIV, quien dice expresamente que una culpa venial cometida sin deliberación no impide la verdadera santidad; propo-

sición autorizada por estas palabras de san Antonio:

«Sucede que los santos del Señor, que se esfuerzan en dar cima á sus piadosos combates y correr por el camino de la salvación, caen algunas veces como hombres, más bien por fragilidad de la naturaleza que por inclinación al pecado; pero se levantan para correr con más ardor, y la vergüenza de su flaqueza los anima á empeñarse en más rudos combates; de suerte que su caída, lejos de ser un obstáculo á su carrera, parece que les ha prestado nueva agilidad.» Por otra parte, ¿no está escrito que *el justo caerá siete veces?* Los santos pueden pecar alguna vez; pero reparan tan bien la falta, y de tal manera se humillan, que en algún modo les es más ventajoso haberla cometido que haberla dejado de cometer. Esto es lo que quiere significar el Sabio cuando añade en seguida: *Y se levantará.* (*Manual de Dirección.*)

II

Naturaleza de la perfección.

I. Se llama *perfecto*, dice santo Tomás, *un ser al cual nada falta para ser lo que debe ser.*

Un cristiano, es decir, una criatura humana que pertenece á Jesucristo por el bautismo y está, por consiguiente, obligada á conocer, servir y amar á Jesucristo, *será perfecto* si conoce á Jesucristo, si le sirve y le ama tanto como puede.

Una religiosa, es decir, una cristiana que por los votos religiosos, que hizo voluntariamente, ha renunciado á su voluntad, á sus bienes, á su familia y á los goces que ésta podría proporcionarle, para servir más fielmente á Jesucristo, y para amarle con más generosidad y más abnegación, *será perfecta* si practica la obediencia, la pobreza y la castidad en cuanto pueda.

La perfección consiste, pues, para las criaturas, en la tierra, en esforzarse á conseguir el fin para que han sido creadas, ó que se han propuesto alcanzar según su naturaleza (1).

El hombre ha sido criado para unirse á Dios como á su único fin; la caridad es el lazo de la perfección (Colos., III, 14); y como el pecado es lo que nos aleja de Dios, y las virtudes las que El nos acercan, para llegar á esta unión es preciso:

1.º *Aplicarse á evitar todo pecado, aun venial.*

(1) La perfección, según santo Tomás, comprende tres cosas: La primera, no tener ningún defecto ni vicio, porque los vicios y defectos se oponen á la perfección. La segunda, tener todos las virtudes, porque todas contribuyen á la perfección. La tercera, poseer estas virtudes en grado eminente, pues no se dice que una virtud mediana sea perfecta, como no se dice que una obra es perfecta cuando son medianas las partes que la componen, aun cuando no falte ninguna. Hé aquí por qué *no hay en la tierra quien sea enteramente perfecto*, porque ninguno hay que no tenga defectos y que posea todas las virtudes en grado eminente.

Hé aquí, también, por qué decimos que hay obligación de aspirar á la perfección, y no de ser perfecto.

2.º *Esforzarse en practicar las virtudes.*

3.º *Procurar poseer todas las virtudes en grado eminente.*

Todos estos medios se resumen en estas palabras: *aspirar á unir nuestra voluntad con la de Dios*, pues Dios quiere que evitemos el pecado y que practiquemos la virtud.

La unión de nuestra voluntad con la de Dios nos incita á obedecerle en todo; hé aquí la perfección. *Toda está en esto, y nada más que en esto*; y cuanto más íntima sea la unión entre estas dos voluntades, y cuanto más inclinados estemos á obedecer, no sólo á los mandamientos de Dios, sino también á sus consejos y hasta los más sencillos deseos, *tanto mayor será nuestra perfección*, y tanto más nos aproximaremos á nuestro fin. Y de tal manera lo experimentamos, que la idea y persuasión de que estamos unidos con Dios, con ese Sér infinitamente grande, infinitamente bueno, infinitamente misericordioso, con ese Sér poderoso, eterno, inmutable, y el deseo puesto por obra de querer todo lo que El quiere, nos calman, nos tranquilizan y llenan de consuelo y alegría; y, por el contrario, cada vez que ejecutamos un acto que nos aparta de El, aunque sólo sea momentáneamente, estamos inquietos y atormentados por los remordimientos. *Nos falta algo; somos imperfectos.*

La unión de nuestra voluntad con la de Dios está comprendida en el mandamiento *de amar á Dios*. Amar es *unirse*; es la tendencia á juntar dos seres en uno por la voluntad.

Amar á Dios sobre todas las cosas, de modo

que se evite toda ofensa grave, es un principio de perfección y un precepto común á todos los cristianos. Amar á Dios sobre todas las cosas, procurando evitar hasta la más leve ofensa, es un grado mayor de perfección; pero todavía no es la perfección completa, puesto que es un precepto que obliga también á todos los hombres, aunque con menos fuerza. Amar á Dios sobre todas las cosas, hasta el punto de evitar todo lo que le es desagradable ó menos agradable, y procurar hacer todo lo que le agrada, hé aquí la perfección completa y especial.

Esta es la que debéis desear, á la que debéis aspirar, y precisamente para conseguirla vosotros, religiosas, habéis hecho los votos de religión.

II. Esta es la doctrina de todos los santos.

«La perfección consiste en una sola cosa—dice san Vicente de Paúl,—en hacer la voluntad de Dios. Si, como dijo nuestro Señor, basta para ser perfecto renunciarse á sí mismo, llevar la cruz y seguirle, ¿quién mejor se renuncia á sí mismo, lleva mejor la cruz y sigue más de cerca á Jesucristo que el que procura no hacer jamás su propia voluntad, sino siempre la de Dios? Ya veis, pues, cuán poco se necesita para hacerse santo (1). Nada más que acostumbrarse

(1) Ser santo y ser perfecto es lo mismo.

La voluntad de Dios es la santidad misma, la santidad por esencia, la santidad original, el principio, regla y modelo de toda santidad, porque es la justicia, la equidad, la rectitud y la caridad misma. Las criaturas no participan de la santidad de Dios sino en cuanto conforman su voluntad con la voluntad divina. Por esta conformidad

á querer siempre lo que Dios quiere, en todo y por todo.»

«La desgracia está—dice san Francisco de Sales—en que nosotros pretendemos servir á Dios á nuestro modo, y no á su modo; según nuestra voluntad, y no según la suya. Cuando El quiere que estemos enfermos, nosotros queremos tener salud; si El desea que le sirvamos con padecimientos, nosotros queremos servirle con obras activas; cuando El quiere que practiquemos la caridad, nosotros queremos ejercitarnos en la humildad; cuando nos pide resignación, queremos la devoción, la oración ó cualquiera otra virtud; y queremos todas esas cosas, no porque le sean á El más agradables, sino porque son más de nuestro gusto.

»Este es, ciertamente, el mayor impedimento que podemos poner á nuestra perfección, porque es indudable que, si queremos ser santos según nuestra propia voluntad, nunca lo seremos. Para ser verdaderamente santo es preciso serlo según la voluntad de Dios.»

III. Esta doctrina es la de Jesucristo, quien nos la predicó con palabras y ejemplos. La conformidad de su voluntad con la de Dios ocupó toda su vida, fué su alimento, es decir,

nos hacemos santos como él es santo. Toda la perfección cristiana y toda la santidad consisten en esta conformidad con la voluntad de Dios, y los más perfectos y más santos son aquellos cuya voluntad está más conforme con la de Dios, y que mejor imitan su rectitud y su justicia. Así, pues, si aspiráis á la santidad y perfección, debéis poner todo empeño en conformar vuestra voluntad con la de Dios. (Avisos sobre los deberes religiosos.)

lo que le conservó su vida de *Hombre-Dios*. Las primeras palabras que pronunció al entrar en el mundo fueron éstas: «*Héme aquí, Señor, que vengo para hacer vuestra voluntad*», como para darnos á entender que ése era su negocio, que *para El todo estaba en eso*.

«Pues qué—dice Mons. Gay,—¿no viene á predicar, á trabajar, á padecer, á morir, á vencer el infierno, á fundar la Iglesia y á salvar al mundo con su cruz? Realmente, ésa es su grande empresa, y El lo sabe: al abrirse sus ojos lo vieron todo, y cuanto abarcó su vista lo aceptó inmediatamente su corazón. Quiere cumplirlo todo, sin dejar ni un punto ni un tilde, y lo quiere con voluntad sincerísima, amorosísima y eficazísima; en cuanto á El, todo está consumado tan pronto como propuesto. Pero quiere todo eso porque *tal es la eterna voluntad de su Padre*. Esta voluntad es la única que le mueve y le decide; y aunque ve todo lo demás, sin embargo, en *ella sola* pone los ojos, de *ella sola* habla y sólo *de ella* quiere depender. Esta voluntad divina es todo para El: principio, fin, razón, luz, apoyo, morada, alimento, recompensa..... En ella se fija, á ella se concreta, en ella se encierra, y al hacer más adelante tantas cosas tan altas, tan inauditas, tan sobrehumanas, no hará más que una cosa sencillísima, en la que hasta los niños pueden imitarle: *hará la voluntad del Padre celestial.*»

La conformidad de nuestra voluntad con la de Dios: hé aquí lo que más nos acerca á Jesucristo y, por consiguiente, á *la perfección*; y

nuestra perfección será tanto más consumada cuanto más íntima sea esta conformidad.

III

Necesidad de aspirar a la perfección.

I. Todos *los cristianos* tienen el deber de aspirar á la perfección según cierta medida proporcionada á su condición y estado, pues todos están obligados á amar á Dios con todo su corazón, con todas sus fuerzas y sobre todas las cosas. *Es la voluntad de Dios que sedis perfectos*, escribía san Pablo á los fieles. (I Thes., iv, 3.) *Sed perfectos como es perfecto mi Padre celestial*, decía Jesucristo á los que le escuchaban y á todos los hombres. (Matth., v, 28.) Los medios de que deben servirse los seglares para cumplir el precepto de aspirar á la perfección son *guardar exactamente los mandamientos de la ley de Dios, y cumplir fielmente los deberes de su propio estado*.

II. *Los religiosos* tienen el deber de aspirar á más alta perfección que los seglares, por razón de la santidad del estado que han abrazado, por el que se comprometen á guardar, no sólo los mandamientos de la ley de Dios, sino también los consejos comprendidos en los tres votos ordinarios, de pobreza, castidad y obediencia. Estos tres votos, añadidos á sus obligaciones de cristianos, les imponen nuevos deberes; constituyen para ellos *deberes de estado que deben cumplir fielmente*.

III. Sin embargo, los religiosos no están obligados á ser *perfectos*, como ya hemos dicho, sino á trabajar por llegar á serlo desde el momento que, al profesar, aceptaron esta obligación. Si renunciaran directa ó indirectamente á la intención, que tuvieron al pronunciar sus votos, de aspirar á la perfección, y si no conservaran la voluntad de procurarla, se hallarían en un estado criminal, violarían las promesas sagradas que hicieron en su profesión.

IV. Los religiosos no están obligados á tender á la perfección por todas las obras que podrían servir para adquirirla, sino únicamente, como vamos á decir, mediante la práctica de las virtudes cristianas, y de los votos de religión y la observancia de las reglas. Sería grande ilusión, y causa de mucho desorden en la comunidad, si una religiosa se creyera obligada, ó bien si, aun sin creerse obligada, quisiera practicar todo lo que indican los libros de piedad; hacer todo lo que han hecho los santos; abrazar todas las devociones que la Iglesia aprueba; formar parte de todas las asociaciones recomendadas, y multiplicar el número de oraciones. Por grande que sea el fervor de una religiosa, nada debe emprender, extralimitándose de lo que la regla ordena, sin permiso de la superiora, y en algunos casos del confesor.

V. «Conviene los autores—dice Craisson—en que una religiosa que guarda los votos y es fiel á todo lo que está prescrito bajo pena de pecado grave, *tiende verdaderamente á la perfección*. Si tuviera sólo voluntad de evitar las

culpas graves y *la disposición formal* de cometer las faltas veniales que la ocasión le presentara, opinan muchos autores que esta disposición sería *mortalmente criminal*, porque llevaría consigo el desprecio del precepto; pero, según san Ligorio, es más probable y más comúnmente admitido que, aun en este caso, no hay siempre culpa grave contra la obligación de aspirar á la perfección, puesto que se tiende á ella por el hecho mismo de guardar los votos, mientras que la disposición de que hablamos puede proceder de alguna otra causa que no sea el desprecio formal del precepto, y tener su origen, por ejemplo, en la idea que se haya formado de que no es necesario para la salvación evitar las faltas leves, ó en el amor á la comodidad y el temor de molestarse demasiado.»

«Empero—dice el mismo Santo—si la religiosa de quien se trata no peca gravemente contra el precepto formal de aspirar á la perfección, difícilmente podrá excusarse de culpa grave por otros conceptos, ya por el peligro á que muchas veces se expone de caer en pecado mortal, ya por el perjuicio considerable que irroga á la corporación, atentando contra la disciplina regular con los malos ejemplos y continuas infracciones de las reglas del instituto.» (*Comunidades de votos simples.*)